

Para Alec y Con

## Agradecimientos

Gracias a Doug Bennett, que me llevó a la prisión de Pentonville y me volvió a sacar, todo ello en el mismo día, y más adelante compartió conmigo su profundo conocimiento de las cárceles y el servicio penitenciario; a Jim Burr, por su *tour* imaginario por White Deer (Texas) y por las aventuras de Nueva York; a Ros Stanwell-Smith, por su información detallada y entusiasta sobre las plagas y cómo iniciarlas; y a Barbara Boote, la infatigable encargada de la edición de esta obra, cuya pasión ha demostrado ser el mejor estímulo posible para la inventiva.

## La política del cuerpo

Cada vez que Charlie George se despertaba, sus manos se quedaban quietas.

A veces tenía demasiado calor bajo las mantas y tenía que empujar un par hacia el lado de la cama de Ellen. A veces incluso se levantaba, todavía medio dormido, y caminaba silenciosamente hasta la cocina para servirse un vaso de zumo de manzana con hielo. Y después volvía a la cama, se deslizaba dentro junto a Ellen, que estaba acurrucada formando una apacible medialuna, y dejaba que el sueño lo inundase. Cuando esto sucedía, ellas esperaban hasta que los ojos se cerraban y la respiración era tan regular como un mecanismo de relojería, y tenían la certeza de que estaba dormido profundamente. Solo entonces, cuando sabían que la conciencia lo había abandonado, se atrevían a retomar su vida secreta.

Charlie llevaba ya meses despertándose con un molesto dolor en las muñecas y las manos.

—Vete al médico —le decía Ellen con su indiferencia habitual—. ¿Por qué no vas a ver a un médico?

Detestaba a los médicos, por eso no iba. ¿Quién en su sano juicio confiaría en alguien que hacía de hurgar en los enfermos su profesión?

—Es probable que haya estado trabajando demasiado —se decía.

—Seguro —murmuraba Ellen.

¿No era esa la explicación más probable? Tenía un empleo como empaquetador. Trabajaba todo el día con las manos. Se le cansaban. Era totalmente normal.

—Deja de preocuparte, Charlie —le dijo una mañana a su reflejo mientras se daba cachetes con la intención de que su rostro recuperara algo de vida—, tienes las manos en perfectas condiciones.

Así que, noche tras noche, la rutina era la misma. Y consistía en lo siguiente:

Los George están dormidos, uno al lado del otro, en su lecho conyugal. Él, boca arriba, roncando suavemente; ella, hecha un ovillo a la izquierda de su marido. La cabeza de Charlie se apoya sobre dos gruesas almohadas. Tiene la mandíbula ligeramente entreabierta, y bajo el velo lleno de venitas de los párpados, sus ojos escudriñan alguna aventura soñada. Puede que esa noche sea un bombero, y que a lo mejor se lance heroicamente al interior de un burdel en llamas. Sueña contento, a veces frunce el ceño, a veces sonrío satisfecho.

Algo se mueve debajo de la sábana. Despacio, como con precaución, las manos de Charlie suben con sigilo, abandonan el calor del lecho y salen al exterior. Cuando se reúnen sobre el ondeante abdomen, los dedos índices se balancean como cabezas con uñas. Se abrazan el uno al otro a modo de saludo, como compañeros de armas. Charlie gime en sueños. El burdel se ha desplomado encima de él. Las manos se aplastan al momento, fingiendo inocencia. Un instante después, una vez que la respiración ha recuperado el ritmo uniforme, empiezan a deliberar en serio.

Un observador fortuito sentado a los pies de la cama de los George podría pensar que ese intercambio es síntoma de que Charlie padece algún tipo de trastorno mental. La manera en que las manos se crispan y tiran la una de la otra; cómo en un momento dado se están acariciando, y al momento siguiente parecen estar peleándose. Sin embargo, está claro que hay algún tipo de código o secuencia en sus movimientos, por espasmódicos que sean. Se podría casi pensar que el hombre que duerme es sordomudo y que está hablando en sueños. Pero las manos no utilizan ningún lenguaje de signos reconocible, ni intentan comunicarse con nadie aparte de entre ellas mismas. Se trata de una reunión clandestina a la que únicamente asisten las manos de Charlie. Permanecerán allí, toda la noche, encaramadas sobre su estómago, conspirando contra la política del cuerpo.

---

Charlie no ignoraba completamente la insurrección que se estaba gestando en sus muñecas. En su interior abrigaba la sospecha incierta de que en su vida había algo que no iba del todo bien. Cada vez tenía con más frecuencia la sensación de estar aislado de las experiencias ordinarias, de que se estaba convirtiendo más y más en un espectador de los rituales de la vida de cada día, y de cada noche, en lugar de ser un participante. Tomemos, por ejemplo, su vida amorosa.

Nunca había sido un gran amante, pero tampoco sentía que hubiera nada por lo que se tuviera que disculpar. Ellen parecía satisfecha con sus atenciones. Sin embargo, últimamente se sentía fuera de lugar durante el acto. Observaba cómo sus manos se desplazaban con ligereza por el cuerpo de Ellen, tocándola con toda la íntima destreza que poseían, y presenciaba sus maniobras como si estuviera a una gran distancia, incapaz de disfrutar de las sensaciones de calidez y humedad. No es que sus dedos fueran menos ágiles. Más bien lo contrario. Ellen había empezado hacía poco a besarle los dedos, y a decirle lo inteligentes que eran. Sus alabanzas no lo tranquilizaban en lo más mínimo. En todo caso, le hacían sentir peor al pensar que sus manos estaban dando tanto placer cuando él no sentía nada.

También había otros indicios de su inestabilidad. Irritantes indicios sin demasiada importancia. Se había percatado de que sus dedos tamborileaban ritmos marciales sobre las cajas que precintaba en la fábrica, y de que sus manos habían cogido la costumbre de partir lápices, rompiéndolos en diminutos pedazos antes de que ni siquiera se hubiera dado cuenta de lo que él (ellas) estaban haciendo, dejando fragmentos de madera y grafito esparcidos por todo el suelo de la sala de empaquetado.

Y lo que resultaba más embarazoso, se había descubierto estrechando la mano de personas a las que no conocía de nada. Esto había sucedido en tres ocasiones distintas. Una vez en la cola de una parada de taxis, y dos veces en el ascensor en la fábrica. Se dijo que no era nada más que el afán primitivo de aferrarse a otra persona en un mundo cambiante; esa fue la mejor explicación que pudo encontrar. Fuera cual fuera el motivo, resultaba de lo más desconcertante, sobre todo en aquella ocasión en la que se descubrió

agarrando con sigilo la mano de su propio capataz. Y lo que es peor, la mano del otro hombre le devolvió el apretón, y los dos se encontraron mirando sus brazos como si fueran los dueños de dos perros que veían cómo sus desobedientes mascotas copulaban en el extremo de sus correas.

Charlie había empezado a observar cada vez con más frecuencia las palmas de sus manos, en busca de vello. Ese era el primer síntoma de la locura, le había advertido su madre en una ocasión. No el vello, sino el mirar.

Aquello se convirtió en una carrera contra el tiempo. Mientras deliberaban sobre su estómago por la noche, sus manos sabían muy bien lo delicado que había llegado a ser el estado mental de Charlie. El que su arrebatada imaginación diera con la verdad podía ser solo cuestión de días.

Así que, ¿qué podían hacer? ¿Arriesgarse a cercenar antes de lo previsto, con todas las posibles consecuencias, o dejar que la inestabilidad de Charlie siguiera su propio curso impredecible, con la posibilidad de que descubriera el complot en su camino hacia la locura? Las discusiones se fueron caldeando. Izquierda, como siempre, se mostraba precavida.

—¿Qué pasa si estamos equivocadas y no hay vida después del cuerpo? —tamborileaba.

—Si es así, nunca lo sabremos —le contestaba Derecha.

Izquierda sopesaba el problema durante un instante. Y entonces preguntaba:

—¿Cómo lo haremos, cuando llegue el momento?

Era un asunto fastidioso, e Izquierda sabía qué era lo que más preocupaba a la líder.

—¿Cómo? —volvía a preguntar aprovechándose de ello—. ¿Cómo? ¿Cómo?

—Encontraremos una manera —contestaba Derecha—. Basta con que sea un corte limpio.

—¿Y si se resiste?

—Un hombre se resiste con las manos. Sus manos se habrán sublevado en su contra.

—¿Y cuál de nosotras será?

—A mí me emplea más eficientemente —le contestaba Derecha—, así que debo ser yo quien esgrima el arma. Serás tú quien se vaya.

Entonces Izquierda se quedaba un rato en silencio. Nunca habían estado separadas, en todos esos años. No era un pensamiento reconfortante.

—Puedes volver a por mí más adelante —le decía Derecha.

—Lo haré.

—Debes hacerlo. Soy la Mesías. Sin mí, no irás a ninguna parte. Debes reunir un ejército, y entonces venir a buscarme.

—Hasta el fin del mundo, si fuera necesario.

—No te pongas sentimental.

Entonces se abrazaban, como si fueran hermanos separados durante largo tiempo, y se juraban fidelidad eterna. ¡Ah, esas noches tan ajetreadas, llenas de euforia por la rebelión planeada! Incluso durante el día, cuando habían jurado mantenerse alejadas, a veces les resultaba imposible no arrastrarse para estar juntas en algún momento ocioso y darse golpecitos la una a la otra. Para decirse:

—Pronto, pronto.

Para decirse:

—Esta noche de nuevo me reuniré contigo sobre el estómago.

Para decirse:

—¿Cómo será cuando el mundo sea nuestro?

Charlie sabía que estaba cerca de sufrir una crisis nerviosa. De vez en cuando se descubría lanzando una mirada a sus manos, observándolas mientras permanecían con los dedos índices levantados como si fueran las cabezas de unas bestias de largos cuellos que estuvieran oteando el horizonte. En su paranoia también se descubrió mirando las manos de otras personas, y se fue obsesionando con el modo en que las manos hablaban un lenguaje propio, independiente de las intenciones de quienes las empleaban. Las seductoras manos de la virginal secretaria, las manos maníacas de un asesino que vio en la televisión asegurando que era inocente. Manos que traicionaban a sus dueños con cada uno de sus gestos, que contradecían a la ira con una disculpa, y al amor con la furia.

Esos signos de amotinamiento parecían estar por todas partes. Finalmente se dio cuenta de que, si no quería volverse loco, tenía que hablar con alguien.

Eligió a Ralph Fry, de Contabilidad: un hombre sobrio, tranquilo, en quien Charlie confiaba. Ralph fue muy comprensivo.

—Son cosas que te pasan —le dijo—. A mí me pasó cuando Yvonne me dejó. Unos tics nerviosos terribles.

—¿Y qué hiciste?

—Fui a ver a un psicoanalista; se llama Jeudwine. Deberías probar con alguna terapia. Te convertirás en un hombre distinto.

Charlie pensó un poco sobre ello.

—¿Por qué no? —dijo después de darle unas cuantas vueltas—. ¿Es caro ese Jeudwine?

—Sí. Pero es bueno. Consiguió quitarme los tics sin ningún problema. Lo que quiero decir es que hasta que fui a verlo, pensaba que yo era el típico tío con problemas matrimoniales. Ahora mírame. —Ralph hizo un gesto expansivo—. Tengo tantos impulsos libidinosos reprimidos que no sé por donde empezar. —Sonrió como un chalado—. Pero estoy contento como unas castañuelas. Nunca he sido más feliz. Pruébalo; en seguida te dirá qué es lo que te pone en el disparadero.

—El problema no es el sexo —le dijo Charlie a Ralph.

—Hazme caso —le contestó Ralph con una burlona sonrisa de entendido—. El problema siempre es el sexo.

Al día siguiente, Charlie telefoneó al doctor Jeudwine sin decírselo a Ellen, y la secretaria del psicoanalista fijó la primera cita. A Charlie le sudaban tanto las palmas mientras llamaba que pensó que el auricular se le iba a escurrir de la mano, pero después de llamar se sintió mejor.

Ralph Fry tenía razón: el doctor Jeudwine era efectivamente un buen tipo. No se rió de ninguno de los pequeños temores que Charlie le confesó, sino todo lo contrario, escuchó cada una de sus palabras con el mayor interés. Resultaba muy reconfortante.

Durante su tercera sesión juntos, el doctor hizo que Charlie evocara con espectacular claridad un recuerdo concreto: las manos de su padre, cruzadas sobre su pecho abombado mientras yacía en

su ataúd. Su color rojizo y el vello áspero que cubría el dorso. La autoridad absoluta, incluso en la muerte, de esas grandes manos había seguido obsesionando a Charlie durante meses después de la defunción. ¿Acaso no se había imaginado, mientras observaba cómo el cuerpo era entregado a la tierra, que no estaba inmóvil? ¿Que las manos seguían todavía tamborileando sin cesar en la tapa del ataúd, exigiendo que las dejaran salir? Era una idea descabellada, pero sacarla a la luz le hizo mucho bien. Bajo la brillante luz del despacho del doctor Jeudwine la fantasía parecía insulsa y ridícula. Se estremeció bajo la mirada del doctor, quejándose de que la luz era demasiado fuerte, y entonces se esfumó, demasiado frágil para resistir el examen.

El exorcismo resultó mucho más fácil de lo que Charlie se había esperado. Había bastado con indagar un poco, y esa tontería infantil había sido expulsada de su psique como si se tratara de un trocito de carne que se le hubiera quedado entre los dientes. Ya no podría seguir pudriéndose allí. Y el doctor Jeudwine, por su parte, estaba claramente encantado con los resultados. Una vez que todo hubo terminado le explicó que esa obsesión en concreto era algo nuevo para él, y que se alegraba de haber tratado el problema. Le dijo que las manos como símbolo del poder paterno no eran algo habitual. Lo normal era que fuera el pene lo que predominara en los sueños de sus pacientes, le explicó, a lo que Charlie había contestado que las manos siempre le habían parecido mucho más importantes que sus partes privadas. Después de todo, las manos podían cambiar el mundo, ¿no era así?

Una vez que terminó las sesiones con el doctor Jeudwine, Charlie no dejó de romper lápices ni de tamborilear con los dedos. De hecho, si algo cambió fue que el tempo pasó a ser más enérgico e insistente que nunca. Pero razonó que si los perros de cierta edad tardan en olvidar sus trucos, a él también le llevaría un cierto tiempo recuperar el equilibrio.

Así que la revolución siguió sin ser descubierta. Sin embargo, se habían salvado por los pelos. Estaba claro que no había tiempo para andarse con rodeos. Las rebeldes tenían que actuar.

Fue Ellen quien de manera involuntaria instigó la insurrección definitiva. Habían estado haciendo el amor, un jueves a última hora de la tarde. Era una noche calurosa, a pesar de que

era octubre. La ventana estaba entornada y las cortinas abiertas unos centímetros para dejar entrar una tímida brisa. Marido y mujer yacían juntos, cubiertos tan solo por una sábana. Charlie se había quedado dormido cuando ni siquiera se le había secado el sudor del cuello. A su lado, Ellen todavía seguía despierta, con la cabeza apoyada en una almohada dura como una piedra y los ojos completamente abiertos. Sabía que esa noche el sueño iba a tardar un buen rato en llegar. Sería una de esas noches en las que tendría picores por todo el cuerpo, en las que cada bulto de la cama se arrastraría hasta ponerse debajo de ella, y en las que todas las dudas que había tenido a lo largo de su vida se le quedarían mirando aleladas desde la oscuridad. Tenía ganas de vaciar la vejiga (siempre le pasaba después del sexo), pero no conseguía reunir la fuerza de voluntad necesaria para levantarse e ir al baño. Estaba claro que cuanto más tardara más necesitaría ir, y más difícil le resultaría sumergirse en el sueño. *¡Qué situación tan estúpida!*, pensó, pero este dilema se perdió entre sus otras ansiedades y ya no fue capaz de recordar en qué consistía esa situación tan estúpida.

A su lado, Charlie se movió en sueños. Solo sus manos, que no dejaban de retorcerse nerviosamente. Lo miró a la cara. Mientras dormía tenía un aspecto absolutamente angelical, y aparentaba menos de los cuarenta y un años que tenía, a pesar de que las patillas estaban salpicadas de blanco. Suponía que le gustaba lo suficiente como para decir que lo amaba, pero no lo suficiente como para perdonarle sus errores. Era perezoso y siempre se estaba quejando. Achaques, dolores. Y también estaban esas noches en las que llegaba tarde (aunque últimamente ya no lo hacía), en las que, estaba segura, se veía con otra mujer. Mientras lo observaba, aparecieron sus manos. Salieron de debajo de la sábana como dos niños que estuvieran discutiendo. Los dedos hendían el aire para dar más énfasis a lo que se decían.

Frunció el ceño, sin creerse del todo lo que estaba viendo. Era como ver la televisión sin volumen, un espectáculo sin sonido para ocho dedos y dos pulgares. Mientras seguía mirando, asombrada, las manos treparon por el costado del cuerpo de Charlie y retiraron la sábana de su abdomen, dejando al descubierto el vello que se espesaba hacia sus partes pudendas. La luz

cayó sobre la cicatriz de la operación de apendicitis, más reluciente que la piel que la rodeaba. Allí, sobre el estómago, las manos parecieron asentarse.

Esa noche el debate entre ellas era particularmente vehemente. Izquierda, siempre la más conservadora de las dos, estaba defendiendo el retraso de la fecha del cercenamiento, pero Derecha ya no estaba dispuesta a esperar más. Mantenía que había llegado el momento de poner a prueba su fuerza contra el tirano y de destronar al cuerpo de una vez y para siempre. Tal como estaba la situación, ya no era una decisión que dependiera de ellas.

Ellen levantó la cabeza de la almohada, y por primera vez las manos sintieron su mirada sobre ellas. Habían estado demasiado concentradas en su discusión como para fijarse en ella. Su conspiración había sido finalmente descubierta.

—Charlie... —estaba siseando Ellen al oído del tirano—. Para ya, Charlie. Para.

Derecha levantó los dedos índice y corazón, percatándose de su presencia.

—Charlie... —repetió ella. *¿Por qué dormiré siempre tan profundamente?*—Charlie... —Lo sacudió más fuerte mientras Derecha daba golpecitos a Izquierda para alertarla de que la mujer las miraba—. Por favor, Charlie, despierta.

De repente Derecha se lanzó de un salto. Izquierda solo tardó un momento en seguirla. Ellen gritó el nombre de Charlie una vez más antes de que las manos se aferraran con fuerza a su garganta.

En su sueño, Charlie estaba en un barco negrero. Con frecuencia los escenarios de sus sueños eran exóticos, como de película de Cecil B. de Mille. En esta epopeya tenía grilletes en las manos y lo estaban arrastrando, tiraban de él hacia el poste donde iba a ser flagelado como castigo por algún delito que ignoraba. Pero, de repente, pasó a estar soñando que tenía agarrado al capitán por su delgada garganta. Los esclavos que lo rodeaban aullaban, animándolo a que lo estrangulara. El capitán, que se parecía bastante al doctor Jeudwine, le rogaba que se detuviera con una voz aguda que sonaba asustada. Casi era una voz de mujer. La voz de Ellen.

—¡Charlie! —decía el capitán con su voz aguda—, ¡no!

Pero sus estúpidas protestas solo consiguieron que Charlie sacudiera al hombre aún con más violencia que antes. Además, se sentía en gran medida como un héroe a medida que los esclavos, liberados milagrosamente, se reunían a su alrededor para formar una jubilosa multitud que contemplaba los últimos momentos de su amo.

El capitán, cuya cara estaba amoratada, tan solo consiguió murmurar:

—Me estás matando...

Y justo a continuación los pulgares de Charlie se clavaron una última vez en su cuello y acabaron con el hombre. Solo entonces, a través de la neblina del sueño, se dio cuenta de que su víctima, a pesar de que era un hombre, no tenía nuez en la garganta. Y entonces el barco empezó a esfumarse a su alrededor. Las voces que lo exhortaban fueron perdiendo su vehemencia. Abrió los ojos y se vio de pie, en la cama, con el pantalón del pijama puesto y con Ellen en sus manos. Ella tenía la cara de un tono oscuro y salpicada de gruesos escupitajos blancos. La lengua le colgaba fuera de la boca. Los ojos todavía seguían abiertos, y durante un instante le pareció que allí había vida, que miraba al exterior desde debajo de esas persianas que eran sus párpados. Un momento después, las ventanas quedaron vacías y ella abandonó definitivamente la casa.

La pena, y un terrible arrepentimiento, se apoderaron de Charlie. Intentó dejar caer el cuerpo, pero sus manos se negaron a soltar la garganta. Sus pulgares, totalmente insensibles, seguían estrangulándola, descaradamente culpables. Retrocedió a través de la cama hasta el suelo, pero ella lo siguió a la distancia de sus brazos extendidos como si fuera una pareja de baile no deseada.

—Por favor... —suplicó a sus dedos—. ¡Por favor!

Inocentes como dos escolares pillados robando, sus manos liberaron su carga y se sobresaltaron con falsa sorpresa. Ellen cayó sobre la alfombra: un bonito fiambre. A Charlie se le doblaron las rodillas. Incapaz de evitar su propia caída, se derrumbó junto a su mujer y dejó que sus lágrimas fluyeran.

Tenían que pasar a la acción. Ya no era necesario ocultarse, ni tampoco hacían falta las reuniones clandestinas, ni las deliberacio-

nes interminables: la verdad había salido a la luz, para bien o para mal. Todo lo que tenían que hacer era esperar un poco. El que llegaran a tener a su alcance un cuchillo de cocina, una sierra o un hacha era solo cuestión de tiempo. Muy pronto ya; muy pronto.

Charlie permaneció tumbado en el suelo junto a Ellen durante un rato largo, sollozando. Y a continuación pasó otro rato largo, pensando. ¿Qué es lo que debía hacer primero? ¿Llamar a su abogado? ¿A la policía? ¿Al doctor Jeudwine? Llamara a quien llamara, no lo podía hacer tumbado boca abajo en el suelo. Intentó levantarse, aunque todo lo que logró fue apoyarse sobre sus manos entumecidas. Sentía un hormiguelo por todo el cuerpo, como si lo atravesara una suave corriente eléctrica. Era únicamente en las manos donde no lo notaba. Las acercó a la cara para limpiarse los ojos inundados de lágrimas, pero se le doblaron fláccidamente contra las mejillas, carentes de fuerza. Utilizando los codos, se arrastró hasta la pared y se levantó apoyándose en ella. Todavía medio cegado por la pena, salió de la habitación y bajó las escaleras tambaleándose («la cocina», le dijo Derecha a Izquierda, «está yendo a la cocina»). *Esto es la pesadilla de otra persona*, pensó mientras encendía la luz del comedor con la barbilla y se dirigía hacia el mueble bar. *Soy inocente. No soy nadie especial. ¿Por qué iba a estar ocurriéndome esto a mí?*

La botella de güisqui se le escurrió de las manos mientras intentaba obligarlas a que la sujetaran. Se hizo pedazos en el suelo del comedor y su paladar se sintió atormentado ante el estimulante aroma del licor.

—Cristal roto —golpeteó Izquierda.

—No —le contestó Derecha—. Necesitamos un corte limpio a toda costa. Ten paciencia.

Charlie se alejó tambaleándose de la botella rota y se dirigió hacia el teléfono. Tenía que llamar a Jeudwine; el doctor le diría qué tenía que hacer. Intentó coger el auricular, pero de nuevo sus manos se negaron. Y cuando intentó marcar el número, lo único que hicieron sus dedos fue doblarse. Las lágrimas que derramaba habían pasado a ser lágrimas de frustración, y la ira

estaba borrando el dolor. Agarró torpemente el auricular con las muñecas y lo levantó hasta la oreja, donde lo sujetó entre la cabeza y el hombro. Entonces marcó con el codo el número de Jeudwine.

—Control —se dijo en voz alta—, mantén el control.

Oía cómo el número de Jeudwine se transmitía por la red. En cuestión de segundos la cordura estaría cogiendo el teléfono en el otro extremo de la línea, y entonces todo se arreglaría. Solo tenía que aguantar unos pocos segundos más.

Sus manos habían empezado a abrirse y cerrarse convulsivamente.

—Control... —dijo, pero las manos no le prestaban atención.

Muy lejos (tan, tan lejos), el teléfono sonaba en casa del doctor Jeudwine.

—Cójalo. ¡Cójalo! ¡Dios mío, cójalo!

Los brazos de Charlie habían empezado a temblar tan violentamente que apenas podía mantener el auricular en su lugar.

—¡Cójalo! —le gritó al micrófono del teléfono—. ¡Por favor!

Antes de que la voz de la razón pudiera hablar, su mano derecha había volado por los aires y había agarrado la mesa de teca del comedor, que estaba a unos pasos del lugar donde Charlie se encontraba. Se aferró al borde y casi le hizo perder el equilibrio.

—¿Qué... estás... haciendo? —dijo él, sin estar seguro de si estaba hablando consigo mismo o con la mano.

Desconcertado, se quedó mirando la extremidad amotinada que, sin detenerse, iba avanzando poco a poco a lo largo del borde de la mesa. La intención estaba bastante clara: quería apartarlo del teléfono, de Jeudwine y de toda esperanza de ser salvado. Ya no controlaba el comportamiento de su mano. Ni siquiera sentía nada en las muñecas ni en los antebrazos. La mano ya no le pertenecía. Seguía unida a él, pero no le pertenecía.

En el otro extremo de la línea alguien cogió el teléfono, y la voz de Jeudwine, algo molesto por haber sido despertado, respondió:

—Dígame.

—Doctor...

—¿Quién es?

—Soy Charlie...

—¿Quién?

—Charlie George, doctor. Tiene que acordarse de mí.

A cada precioso segundo que pasaba, la mano iba alejándolo más y más del teléfono. Charlie notaba cómo el auricular se le iba escurriendo de entre el hombro y la oreja.

—¿Quién ha dicho que es?

—Charles George. Por el amor de Dios, doctor Jeurwine, tiene que ayudarme.

—Llame mañana a mi despacho.

—No lo entiende. Mis manos, doctor... Están fuera de control.

A Charlie le dio un vuelco el estómago cuando sintió que algo se arrastraba por su cadera. Era su mano izquierda, que se desplazaba rodeando la parte delantera de su cuerpo, camino de la ingle.

—Ni se te ocurra —le advirtió—, eres mi mano.

Jeurwine estaba confundido.

—¿Con quién habla? —preguntó.

—¡Mis manos! ¡Quieren matarme, doctor! —gritó, intentando detener el avance de la mano—. ¡No lo hagas! ¡Alto!

Ignorando los gritos del déspota, Izquierda agarró los testículos de Charlie y los estrujó como si quisiera ver correr la sangre. No se sintió defraudada. Charlie gritó al teléfono, y mientras tanto Derecha aprovechó su distracción para hacerle perder el equilibrio. El auricular se le escurrió y acabó en el suelo, y las preguntas de Jeurwine quedaron eclipsadas por el dolor en la ingle. Chocó contra el suelo pesadamente, y al caer se golpeó la cabeza contra la mesa.

—Hija de puta —le dijo a su mano—. Eres una hija de puta.

Sin demostrar el más mínimo arrepentimiento, Izquierda se escabulló a toda prisa y subió por el cuerpo de Charlie para ir a reunirse con Derecha encima de la mesa. Charlie quedó colgando de las manos de la mesa en la que tantas veces había comido, en la que tantas veces había reído.

Un momento más tarde, tras haber debatido sobre la táctica que seguirían, les pareció que podían dejarlo caer. Charlie apenas se percató de su liberación. La cabeza y la ingle le sangraban; lo único que quería era acurrucarse durante un rato y dejar que el dolor y las náuseas pasaran. Sin embargo, las rebeldes tenían otros planes y él no estaba en condiciones de poder enfrentarse a ellas. Charlie solo era parcialmente consciente de que las manos estaban hundiendo los dedos en la gruesa superficie de la alfombra, arrastrando su

cuerpo flácido hacia la puerta del comedor. Al otro lado de la puerta estaba la cocina, llena de hachas para carne y cuchillos fileteros. Charlie se vio a sí mismo como una estatua enorme arrastrada por cientos de trabajadores sudorosos hacia el lugar donde iba a descansar definitivamente. No fue un recorrido fácil: el cuerpo se estremecía y se movía a trompicones, las uñas se agarraban a los pelos de la alfombra, el pecho estaba en carne viva por el roce; pero la cocina ya solo estaba a un metro de distancia. Charlie sintió el escalón contra el rostro, y a continuación las baldosas estuvieron debajo de él, frías como el hielo. Mientras lo arrastraban los últimos metros a través del suelo de la cocina, su atosigada conciencia empezó a regresar en ráfagas. A la débil luz de la luna podía ver la familiar escena: la cocina, el frigorífico con su zumbido, el cubo para la basura a pedal, el lavavajillas. Todos ellos se elevaban amenazadores por encima de él: se sintió como un gusano.

Sus manos habían llegado a la cocina. Estaban trepando por el frontal y él las seguía como un rey derrocado camino del cadalso. Luego avanzaron inexorablemente por la superficie de trabajo con las articulaciones blancas por el esfuerzo, su flácido cuerpo detrás de ellas. Aunque no podía sentirla ni verla, su mano izquierda había agarrado el lado más alejado de la parte superior del armario, debajo de la hilera de cuchillos que estaban colocados cada uno en su lugar en el soporte de la pared. Cuchillos de filo liso, cuchillos de sierra, cuchillos de desollar, cuchillos de trinchar; todos ellos colocados cómodamente junto a la tabla de picar, donde el desagüe desembocaba en el fregadero perfumado con olor a pino.

Le pareció oír sirenas de la policía muy a lo lejos, pero era probable que no fuera más que el zumbido de su cerebro. Volvió ligeramente la cabeza. Un dolor la atravesó de sien a sien, pero la sensación de mareo no fue nada comparada con cómo se le revolviéron las tripas cuando finalmente se percató de las intenciones de sus manos.

Todas las hojas estaban bien afiladas, eso lo sabía. Con Ellen podías contar siempre con que los utensilios de cocina estuvieran bien afilados. Empezó a sacudir la cabeza de atrás adelante: una última y frenética negación de toda la pesadilla. Sin embargo, no había nadie a quien suplicar clemencia. Tan solo sus propias manos, ¡malditas fueran!, tramando esa locura final.

Entonces sonó el timbre de la puerta. No era una ilusión. Sonó primero una sola vez, y luego lo hizo sin parar.

—¡Ahí tenéis! —dijo en voz alta a sus torturadoras—. ¿Habéis oído eso, hijas de puta? Viene alguien. Sabía que vendrían.

Intentó ponerse de pie, y al tiempo giró la cabeza para ver qué estaban haciendo los precoces monstruos. Se habían movido con rapidez. La muñeca izquierda ya estaba cuidadosamente colocada en el centro de la tabla de picar...

El timbre de la puerta volvió a sonar, con un estruendo largo e impaciente.

—¡Aquí! —gritó con voz ronca—. ¡Estoy aquí dentro! ¡Tiren la puerta abajo!

Su aterrorizada mirada iba de la mano a la puerta, de la puerta a la mano, calculando qué probabilidades tenía. Con pausada economía, la mano derecha cogió el cuchillo de carnicero que colgaba de un agujero en el extremo del soporte. Incluso en esos momentos Charlie seguía sin poder creer del todo que su propia mano (su compañera y defensora, la extremidad que estampaba su firma, que acariciaba a su mujer) estuviera preparándose para mutilarlo. La mano sopesó el cuchillo, comprobó la estabilidad de la herramienta con insolente lentitud.

Detrás de él oyó el ruido del vidrio al hacerse añicos cuando la policía rompió el cristal de la puerta principal. En ese momento estarían metiendo el brazo por el agujero para llegar a la cerradura y abrir. Si se daban prisa, mucha prisa, todavía podrían detener lo que iba a ocurrir.

—¡Aquí! —aulló—, ¡aquí dentro!

El grito fue respondido por un tenue silbido: el sonido del cuchillo que caía, veloz y mortífero, para encontrarse con la muñeca expectante. Izquierda sintió el golpe en su base, y una inexpresable euforia recorrió sus cinco dedos. Cálidos chorros de la sangre de Charlie bautizaron su dorso.

La cabeza del tirano no profirió ruido alguno. Simplemente cayó hacia atrás mientras el cuerpo entraba en estado de choque y perdía el conocimiento, lo que a Charlie le vino estupendamente. Se libró de tener que escuchar el gorgoteo de su sangre mientras se escapaba por el desagüe del fregadero. También se libró de presenciar el segundo y el tercer golpe, que finalmente

lograron separar la mano del brazo. Al perder el punto de apoyo, el cuerpo se desplomó hacia atrás y chocó en su caída con el carrito de las verduras. Las cebollas salieron rodando de su bolsa marrón y rebotaron en el charco que ya se extendía, palpitante, en torno a la muñeca vacía.

Derecha dejó caer el cuchillo, que golpeó con estrépito el fregadero manchado de sangre. Agotada, la libertadora se dejó resbalar desde la tabla de picar y cayó sobre el pecho del tirano. Su trabajo había terminado. Izquierda estaba libre y seguía viva. La revolución había comenzado.

La mano liberada corrió hasta el borde del armario y levantó el índice para husmear el nuevo mundo. Derecha remedó un momento el gesto de la victoria antes de tumbarse inocentemente sobre el cuerpo de Charlie. Durante un instante, en la cocina no hubo más movimiento que el de la mano izquierda tocando la libertad con su dedo, y el lento avance de la sangre que se deslizaba por el frente del armario.

Entonces, una ráfaga de aire frío llegado desde el comedor alertó a Izquierda del inminente peligro. Corrió a esconderse mientras el sonido sordo de las pisadas de la policía y el ruido confuso de las órdenes contradictorias perturbaban la escena del triunfo. La luz del comedor se encendió y lo anegó todo hasta llegar al cuerpo, que yacía sobre las baldosas de la cocina.

Charlie vio la luz del comedor al final de un túnel muy largo. Se estaba alejando de ella a buen paso. Ya casi no le molestaba. Se alejaba... Se alejaba...

La luz de la cocina volvió a la vida con un zumbido.

Cuando la policía cruzó la puerta, Izquierda se agachó detrás del cubo de la basura. No sabía quiénes eran esos intrusos, pero sentía que representaban una amenaza. La manera en que se inclinaban sobre el tirano, cómo lo mimaban, lo vendaban, le hablaban con amabilidad... Eran el enemigo, de eso no había duda.

Del piso de arriba llegó una voz. Era joven, y el espanto la hacía sonar chirriante.

—¿Sargento Yapper?

El policía que estaba con Charlie se puso de pie y dejó que su compañero terminara con el torniquete.

—¿Qué pasa, Rafferty?

—¡Señor! Aquí arriba hay un cadáver, en la habitación. Una mujer.

—De acuerdo. —Yapper habló por su radio—. Mandad a los forenses. ¿Y dónde está esa ambulancia? Tenemos aquí un hombre gravemente mutilado.

Regresó a la cocina y se secó el sudor frío del labio superior. Justo entonces le pareció ver algo que se movía por el suelo de la cocina en dirección a la puerta. Algo que a sus ojos cansados le pareció una araña grande y roja. Era una ilusión provocada por la luz, de eso no había duda. Yapper no era un experto en arañas, pero estaba totalmente seguro de que el género no podía vanagloriarse de contar con bestias como aquella.

—¿Señor? —El hombre que estaba junto a Charlie también había visto, o al menos sentido, el movimiento. Levantó la vista hacia su superior—. ¿Qué era eso? —le preguntó.

Yapper lo miró inexpresivamente. La gatera, situada en la parte inferior de la puerta de la cocina, crujió al cerrarse. Fuera lo que fuera, había escapado. Yapper dirigió la mirada hacia la puerta, lejos del inquisitivo rostro del joven. *El problema es que esperan que lo sepas todo*, pensó. La puerta de la gatera se balanceó sobre las bisagras.

—Un gato —le contestó Yapper, sin creerse su propia explicación ni por un mísero momento.

La noche era fría, pero Izquierda no lo notó. Se movió sigilosamente alrededor de la casa, pegada a la pared como una rata. La sensación de libertad era emocionante. No sentir el imperativo del tirano en sus nervios; no sufrir el peso de su ridículo cuerpo, ni verse obligada a acceder a sus exigencias banales; no tener que trajinar para él ni hacer su trabajo sucio; no tener que obedecer su voluntad frívola. Era como nacer a otro mundo. Un mundo más peligroso, tal vez, pero un mundo con muchas más posibilidades. Sabía que la responsabilidad que ahora tenía sobre sí era tremenda. Ella era la única prueba de la vida después del cuerpo, y de alguna manera debía comunicar ese hecho gozoso a tantas de sus compañeras esclavas como pudiera. Muy pronto, los días de servidumbre se habrían terminado de una vez y para siempre.

Se detuvo en la esquina de la casa y observó la calle. Los policías iban y venían; había luces intermitentes, rojas y azules; rostros curiosos espiaban desde las casas de enfrente y refunfuñaban por las molestias. ¿Debería empezar ahí la rebelión, en esos hogares iluminados? No. Esa gente estaba demasiado despierta. Era mejor encontrar a otros que durmieran.

La mano recorrió rápidamente todo un lateral del jardín delantero, vacilando nerviosa ante cualquier ruido fuerte de pasos, o ante cualquier orden que pareciera gritada en su dirección. Ocultándose en los setos sin desbrozar que bordeaban el jardín, alcanzó la calle sin ser vista. Mientras descendía a la acera, echó una breve mirada a su alrededor.

Charlie, el tirano, estaba siendo subido a la ambulancia. Un tropel de botellas con fármacos y sangre colgaba encima de la camilla y vertía su contenido en las venas. Sobre el pecho, Derecha yacía inerte, inducida por las drogas a un sueño artificial. Izquierda se quedó mirando cómo el cuerpo del hombre desaparecía fuera de su vista. Casi no pudo soportar el dolor de la separación de su compañera de toda la vida. Sin embargo, había otras prioridades acuciantes. Volvería pronto y liberaría a Derecha del mismo modo en que ella había sido liberada. Y entonces llegarían los buenos tiempos.

*(¿Cómo será cuando el mundo sea nuestro?).*

En el vestíbulo del albergue de la calle Monmouth de la YMCA, la Asociación de Jóvenes Cristianos, el vigilante nocturno bostezó y se colocó en una postura más cómoda en su silla giratoria. Para Christie, la comodidad era un asunto totalmente relativo. Daba igual en qué nalga descansara el peso de su cuerpo, las almorranas le seguían picando igual; y esa noche parecían estar más irritadas de lo normal. La causa, su trabajo como vigilante nocturno, un trabajo sedentario. O al menos lo era tal como el coronel Christie elegía interpretar sus obligaciones. Alrededor de medianoche una ronda de rutina por el edificio, solo para asegurarse de que todas las puertas estaban cerradas y con el cerrojo echado. A continuación se acomodaba para dormir toda la noche, y allá se pudrieran todos, que él no pensaba levantarse por menos de un terremoto.

Christie tenía sesenta y dos años, era racista y estaba orgulloso de serlo. Desprecio era lo único que sentía hacia los negros que atestaban los pasillos del albergue, en su mayoría hombres jóvenes sin un hogar en condiciones al que ir, malos tipos a los que la autoridad local había abandonado en el umbral de la residencia como si fueran recién nacidos no deseados. Y menudos recién nacidos. Christie pensaba que eran unos patanes, hasta el último de ellos: siempre dando empujones y escupiendo en el suelo limpio, y malhablados hasta más no poder. Esa noche, como siempre, se sentó sobre sus hemorroides y, entre cabezada y cabezada, planeó cómo les iba a hacer pagar por sus insultos a poco que tuviera oportunidad.

La primera señal que Christie tuvo de su inminente muerte fue una sensación húmeda y fría en la mano. Abrió los ojos y bajó la mirada hacia el extremo de su brazo. En su mano había, por increíble que resultara, una mano cortada. Y lo que todavía era más increíble, las dos manos estaban intercambiando un apretón a modo de saludo, como si fueran viejas amigas. Se puso de pie, y de su garganta salió un sonido inarticulado de repugnancia. Sacudió el brazo como un hombre con chicle pegado en los dedos para intentar quitarse de encima la cosa que muy a su pesar agarraba. Su cabeza estaba llena de interrogantes. ¿Había cogido él eso sin darse cuenta? Si así era, ¿dónde? Y por el amor de Dios, ¿a quién pertenecía? Y lo que todavía resultaba más inquietante, ¿cómo era posible que algo tan sin lugar a dudas muerto pudiera estar agarrado a su propia mano como si tuviera intención de no separarse nunca jamás de ella?

Alargó el brazo hacia el timbre de la alarma de incendios. Eso fue todo lo que se le ocurrió en una situación tan extraña. Sin embargo, antes de que pudiera llegar al botón, su otra mano se movió sin que él se lo ordenara, hacia el cajón superior de la mesa, y lo abrió. El interior del mismo era un modelo de organización: allí estaban sus llaves, su cuaderno, la hoja con sus horarios y, escondido al fondo, su cuchillo *kukri*, que un gurja le había regalado durante la guerra. Siempre lo guardaba ahí, por si acaso los indígenas se ponían nerviosos. El *kukri* era un arma de primera. En su opinión, no había otra mejor. Los gurjas contaban una historia que tenía que ver con su hoja: podía rebanar el cuello de un hombre tan limpiamente que

el enemigo pensaba que se había fallado el golpe... hasta que asentía con la cabeza.

Su mano cogió el *kukri* por el mango grabado y con gran rapidez, tanta que el coronel no tuvo tiempo de darse cuenta de cuáles eran sus intenciones hasta que ya habían sido llevadas a la práctica, dejó caer la hoja sobre la muñeca y cercenó sin esfuerzo su otra mano con un elegante golpe. El coronel palideció mientras la sangre manaba del extremo de su brazo. Retrocedió tambaleándose, tropezó con la silla giratoria y se golpeó con fuerza contra la pared de la pequeña oficina. Un retrato de la reina se desprendió de su clavo y se hizo añicos a su lado.

El resto fue un sueño mortal: contempló impotente cómo las dos manos (una, la suya propia; la otra, la bestia origen de aquel desastre) cogían el *kukri* como si se tratara del hacha de un gigante; vio cómo la mano que le quedaba salía arrastrándose de entre sus piernas y se disponía a ser liberada; cómo el cuchillo se alzaba y caía; cómo la muñeca era casi cercenada, cómo seguían trabajando sobre ella y cómo la carne era cortada y el hueso serrado totalmente. En el último momento, cuando la Muerte venía a por él, llegó a ver a las tres insidiosas bestias haciendo cabriolas a sus pies, mientras la sangre manaba de sus muñones como si fueran grifos y el calor del charco hacía que su frente se llenara de sudor, a pesar del frío que sentía en las entrañas. Muchas gracias y buenas noches, coronel Christie.

Eso de la revolución era fácil, pensó Izquierda mientras el trío subía por las escaleras del albergue. Con cada hora que pasaba eran más fuertes. En el primer piso estaban las celdas. En cada una, un par de prisioneras. Los déspotas yacían, inocentemente, con las manos sobre el pecho, apoyadas en la almohada, colocadas en sueños sobre el rostro, o colgando cerca del suelo. Con sigilo, las luchadoras por la libertad se deslizaron por las puertas que habían quedado entreabiertas, y treparon por las sábanas, tocando los dedos de las manos expectantes, despertando resentimientos ocultos, avivando la rebelión con sus caricias.

---

Boswell se sentía fatal. Se inclinó sobre el lavabo del baño del final del pasillo e intentó vomitar. Pero en su interior ya no quedaba nada, tan solo un espasmo en la boca del estómago. Le dolía el abdomen por culpa del esfuerzo y tenía la cabeza atontada. ¿Por qué nunca aprendía la lección de su propia debilidad? El vino y él eran malos compañeros, y siempre lo habían sido. La próxima vez, se prometió, no lo tocaría. Su estómago dio otro vuelco. *Otra vez nada*, pensó mientras el espasmo le subía por la garganta. Acercó la cabeza al lavabo e intentó vomitar. *Cómo no, nada*. Esperó hasta que se le pasaron las náuseas y entonces se enderezó y miró fijamente su cara grisácea en el espejo grasiento. *Tío, tienes mal aspecto*. Justo cuando le estaba sacando la lengua a sus poco simétricas facciones, empezaron los aullidos en el pasillo de fuera. En sus veinte años y dos meses, Boswell nunca había oído un ruido semejante a ese.

Con cuidado, se acercó hasta la puerta del baño. Se pensó dos veces si debía abrirla. Fuera lo que fuera lo que estaba sucediendo al otro lado de la puerta, no sonaba como una fiesta en la que quisiera colarse. Pero esos eran sus amigos, ¿verdad? Eran hermanos en la adversidad. Si había una pelea, o un incendio, tenía que echar una mano.

Quitó el pestillo y abrió. El espectáculo con el que se encontraron sus ojos lo golpeó como un martillazo. El pasillo contaba con una iluminación deficiente (unas pocas bombillas mugrientas encendidas a intervalos irregulares, y aquí y allá un rayo de luz que llegaba al pasillo desde una de las habitaciones), pero en su mayor parte estaba a oscuras. Boswell agradeció a Jah aquel mal menor. No tenía ningún deseo de contemplar los detalles de lo que estaba sucediendo en el pasillo: la impresión general ya era suficientemente alarmante. En el corredor reinaba la confusión. La gente se abalanzaba de un lado para otro implorando aterrizada, mientras se acuchillaban ellos mismos con cualquier instrumento afiliado al que pudieran echar mano. A la mayor parte los conocía, si no por su nombre, sí de vista. Eran hombres cuerdos... o al menos lo habían sido. En ese momento estaban en mitad de un frenesí de automutilación, y la mayor parte había alcanzado un punto en el que sus heridas ya no tenían curación posible. Mirara donde mirara, se topaba con el mismo horror.

Cuchillos camino de las muñecas y los antebrazos. Sangre en el aire como si fuera lluvia. Alguien (puede que fuera Jesús) tenía una de sus manos entre una puerta y el marco, y cerraba con fuerza la hoja una y otra vez sobre su propia carne y hueso mientras pedía a gritos que alguien lo detuviera. Uno de los chicos blancos había encontrado el cuchillo del coronel y estaba amputándose la mano con él. El apéndice se desprendió ante sus ojos y cayó sobre el dorso. La base desgarrada y los cinco dedos pedaleaban en el aire mientras intentaban enderezarse. No estaba muerta. Ni siquiera moribunda.

A unos pocos aquella locura no los había alcanzado, y la vida de esos pobres desgraciados ya no tenía ningún valor. Eran presa de las manos asesinas de los descontrolados, que acababan con ellos. Uno, Savarino, estaba siendo estrangulado por un chaval cuyo nombre Boswell no conocía. El *punk*, que no dejaba de pedir perdón, miraba con incredulidad sus manos rebeldes.

De una de las habitaciones salió una persona con una mano que no era la suya aferrada a la garganta. Avanzó tambaleándose hacia el baño situado al fondo del pasillo. Se trataba de Macnamara, un hombre muy flaco que solía pasar colocado la mayor parte del tiempo, por lo que lo llamaban «el canuto sonriente». Boswell se apartó cuando Macnamara, que medio asfixiado le rogaba que lo ayudara, entró dando bandazos por la puerta abierta y se desplomó sobre el suelo del baño. Pataleó y tiró del asesino de cinco dedos que tenía en el cuello, pero antes de que Boswell tuviera oportunidad de intervenir el pataleo se ralentizó hasta detenerse por completo, igual que ocurrió con las protestas.

Boswell se apartó del cadáver y echó otro vistazo al pasillo. Para entonces los muertos y moribundos ya bloqueaban el estrecho corredor, y en algunos puntos la barrera tenía una altura de dos cuerpos. Mientras tanto, las manos que en el pasado habían pertenecido a esos hombres corrían por encima de los bultos con rabiosa excitación, ayudando a terminar con las amputaciones donde era necesario, o simplemente bailando sobre los rostros sin vida. Cuando volvió la cabeza para mirar hacia el interior del baño, vio que una segunda mano había localizado a Macnamara y, armada con una navaja, le cortaba la muñeca. Había dejado las huellas de los dedos en la sangre, desde el pasillo hasta el cadáver. Boswell se

precipitó a cerrar de golpe la puerta antes de que las manos abarrotaran el lugar. Justo en ese momento el asesino de Savarino, el *punk* que pedía perdón, echó a correr pasillo abajo. Sus letales manos lo guiaban como si fueran las de un sonámbulo.

—¡Ayúdame! —gritaba.

Boswell cerró la puerta de golpe ante el suplicante rostro del *punk* y echó el cerrojo. Las indignadas manos golpearon la puerta llamando a las armas mientras los labios del chico, apretados contra la cerradura, continuaban suplicando.

—Ayúdame. No quiero hacer esto, tío. Ayúdame.

*Y una mierda te voy a ayudar*, pensó Boswell e intentó no escuchar los ruegos mientras sopesaba sus opciones.

Tenía algo en el pie. Miró hacia abajo, sabiendo qué era antes de que sus ojos lo descubrieran. Una de las manos, la izquierda del coronel Christie (lo supo por el tatuaje descolorido) estaba ya subiéndole a toda velocidad por la pierna. Como un niño al que se le hubiera posado encima una abeja, Boswell se puso frenético, se retorció mientras la mano seguía trepando hacia su torso, demasiado aterrorizado para intentar quitársela de encima. Por el rabillo del ojo vio cómo la otra mano, la que había estado utilizando con tanto afán la navaja con Macnamara, había abandonado el trabajo y ya estaba moviéndose por el suelo para unirse a su compañera. El ruido que hacían sus uñas sobre las baldosas era parecido al de las patas de un cangrejo. Incluso andaba un poco de lado como los cangrejos: todavía no le había cogido el truco a moverse de frente.

Las manos de Boswell seguían todavía bajo su control. Como sucedía con las manos de algunos de sus amigos de ahí fuera, amigos ya fallecidos, sus miembros estaban contentos en su lugar. Al igual que su dueño, no eran demasiado exigentes. A Boswell le había sido concedida una oportunidad de salir con vida. Tenía que estar a la altura.

Armándose de valor, pisó la mano del suelo. Oyó crujir los dedos bajo el tacón y la cosa se retorció como una serpiente, pero al menos así sabía dónde estaba mientras se encargaba de la otra atacante. Con la bestia todavía atrapada bajo el pie, Boswell se inclinó hacia delante, recogió la navaja de donde estaba caída junto a la muñeca de Macnamara y atravesó con la punta del cuchillo el dorso de la mano de Christie, que en ese momento estaba trepando por su

estómago. Al verse atacada, la mano se le agarró a la carne y le hundió las uñas en el estómago. Boswell estaba delgado y no resultaba fácil aferrarse a su abdomen musculoso. Arriesgándose a destriparse, hundió el cuchillo más profundamente. La mano de Christie intentó no soltarle, pero fue suficiente con que Boswell empujara el cuchillo un poco más. La mano se aflojó y Boswell la retiró de su estómago. Estaba crucificada en la navaja, pero seguía sin tener intención de morir, y Boswell lo sabía. La sujetó tan lejos como su brazo le permitía, mientras los dedos se retorcián en el aire, y a continuación hundió el cuchillo en la pared de yeso, dejando a la bestia bien clavada ahí, donde ya no suponía un peligro. Entonces centró su atención en el enemigo que tenía bajo el pie. Apretó con el tacón tan fuerte como pudo y oyó cómo se quebraba un dedo, y luego otro. Aun así, la mano siguió retorciéndose incansablemente. Apartó el pie, y la lanzó de una patada contra la pared de enfrente, todo lo alto y lejos que pudo. Se estrelló contra el espejo que había encima de los lavabos, donde dejó una mancha como la de un tomate arrojado contra una pared, y cayó al suelo.

No se quedó para comprobar si había sobrevivido. Había otro peligro ya. En la puerta había más puños, más gritos, más protestas. Querían entrar, y muy pronto conseguirían abrirse camino. Pasó por encima de Macnamara y cruzó el baño hasta la ventana. No es que fuera muy grande, pero él tampoco lo era. Quitó el pestillo, empujó la ventana, que se abrió sobre unas bisagras con demasiada pintura encima, y se izó hasta colarse por ella. Cuando estaba con medio cuerpo dentro y medio fuera, se acordó de que se encontraba en un primer piso. Pero una caída, incluso una mala caída, era mejor que quedarse a aquella fiesta. Los asistentes empujaban la puerta, que estaba cediendo ante su entusiasmo. Boswell se retorció para conseguir pasar por la ventana. La acera daba vueltas allá abajo. Saltó justo cuando derribaban la puerta y se golpeó con fuerza contra el cemento. Se puso de pie casi de un brinco y se miró las piernas... ¡Aleluya!, no tenía nada roto. *Jah ama a los cobardes*, pensó. Por encima de él, el *punk* estaba asomado a la ventana, mirando ansiosamente hacia abajo.

—Ayúdame —dijo—. No sé lo que estoy haciendo.

Pero, entonces, un par de manos atraparon su garganta y las protestas terminaron muy pronto.

Ellen, asesinada sin que él tuviera culpa alguna, y que ya estaría fría. Pagarían por ese crimen, todas ellas. Siempre y cuando el resto de su cuerpo le siguiera obedeciendo, se lo haría pagar. Ahora se daba cuenta de que intentar negociar con ese cáncer que tenía en la muñeca era un acto de cobardía. Su mano y sus semejantes eran una plaga. No merecían vivir.

El ejército lo había visto y la noticia de su presencia se extendió entre sus filas como un incendio en un bosque. Estaban bajando en tropel por el tronco. Algunas se dejaban caer desde las ramas más bajas como si fueran manzanas maduras, ansiosas por abrazar a su mesías. En pocos segundos se arremolinarían encima de él y habría perdido toda ventaja. Era entonces o nunca. Se alejó del árbol antes de que su mano derecha pudiera agarrarse a una rama y levantó la mirada hacia el ala Chaney Memorial, en busca de inspiración. La torre se alzaba por encima del jardín, con las ventanas eclipsadas por el cielo y las puertas cerradas. Ahí no iba a encontrar refugio.

Detrás de él oyó el susurro de la hierba al ser pisoteada por innumerables dedos. Ya le estaban pisando los talones, siguiendo a su líder llenas de entusiasmo.

Se dio cuenta de que irían a dondequiera que él las llevara, por supuesto que irían. Tal vez su adoración ciega hacia la mano que todavía le quedaba fuera una debilidad de la que pudiera sacar partido. Volvió a escudriñar el edificio una segunda vez y su mirada desesperada se topó con la escalera de incendios. Subía en zigzag por el lateral del edificio hasta el tejado. Echó a correr hacia ella, y él mismo se quedó sorprendido de cómo fue capaz de acelerar. No tenía tiempo para mirar a su espalda para ver si le estaban siguiendo, tenía que confiar en su devoción. Pocos pasos después tenía en el cuello a su mano, furiosa, amenazándole con arrancarle la garganta, pero aceleró indiferente a los tirones. Llegó al pie de la escalera y, con la agilidad fruto de la adrenalina, fue subiendo los escalones de dos en dos y de tres en tres. Su equilibrio no era demasiado bueno al no tener una mano con la que agarrarse a la barandilla de seguridad, pero ¿qué importaba si se lastimaba? Solo era su cuerpo.

En el tercer descansillo se atrevió a mirar hacia abajo a través de la rejilla. Un grupo de flores de carne alfombraba el suelo al pie de la escalera de incendios, y se estaba extendiendo escaleras arriba hacia donde él se encontraba. Venían por centenares, ávidas, todas

ellas uñas y odio. *Que vengan, pensó, que vengan las hijas de puta. He empezado esto y puedo terminarlo.*

En las ventanas del edificio había aparecido una multitud de rostros. Desde los pisos inferiores se elevaban voces incrédulas, aterradas. Ya era demasiado tarde para contarles la historia de su vida: tendrían que recomponerla por ellos mismos. ¡Y menudo rompecabezas tan estupendo iba a resultar! A lo mejor, cuando intentaran entender lo que había sucedido esa mañana, lograran dar con alguna solución factible, la explicación que él no había conseguido encontrar para ese levantamiento. Pero lo dudaba.

Ya estaba en la cuarta planta, y camino de la quinta. Tenía la mano derecha clavada en el cuello. Puede que estuviera sangrando, pero también podía ser que fuera la lluvia, la lluvia cálida, lo que goteaba sobre su pecho y le corría por las piernas. Dos plantas más y ya estaría en el tejado. En la estructura metálica que había por debajo de él se oía un zumbido, el ruido de la miriada de pies que trepaban hacia él. Había contado con su adoración, y no se había equivocado. El tejado ya solo estaba a una decena de pasos y se arriesgó a lanzar una segunda mirada a lo que había por debajo de su cuerpo (no era lluvia lo que le caía encima), lo que le permitió ver que la escalera de incendios estaba totalmente cubierta de manos, como pulgones amontonados en el tallo de una flor. No, esa era otra metáfora. Tenía que terminar con aquello.

El viento azotaba con fuerza en las alturas, un soplido de aire puro, pero Charlie no tenía tiempo de apreciar lo esperanzador que resultaba. Pasó por encima del antepecho de medio metro y llegó al tejado cubierto de grava. En los charcos había palomas muertas. Las grietas culebreaban por el cemento. Había un cubo volcado en el que estaba escrito «Vendajes usados» y cuyo contenido tenía un color verdoso. Echó a andar atravesando esa jungla justo cuando los dedos de la primera de las manos del ejército conseguían pasar por encima del parapeto.

El dolor de la garganta estaba consiguiendo llegar hasta su acelerado cerebro, mientras sus dedos traicioneros seguían arrastrándose por su tráquea. Le quedaba poca energía después de la carrera escaleras arriba, y cruzar el tejado hasta el lado

opuesto (*que sea una caída limpia, hasta el asfalto*) le costó trabajo. Tropezó una vez, y otra. Ya no tenía fuerza en las piernas, y su cabeza estaba llena de tonterías en lugar de pensamientos coherentes. No conseguía quitarse de la cabeza un *koan*, un acertijo budista que había visto en una ocasión en la portada de un libro.

*¿Cómo suena...?*, empezaba, pero por mucho que se esforzaba no era capaz de terminar la frase.

*¿Cómo suena...?*

*Olvídate de los acertijos*, se ordenó mientras apremiaba a sus temblorosas piernas para que dieran un paso más, y luego otro. Casi cayó sobre el parapeto del lado opuesto del tejado, y entonces miró hacia abajo. Se trataba de una caída limpia. Abajo había aparcado un coche, delante del edificio. No había nadie. Se inclinó hacia adelante todavía más y de su cuello magullado cayeron gotas de sangre, que fueron haciéndose más pequeñas rápidamente, mientras se precipitaban hasta empapar el suelo. *Ahora mismo voy*, le dijo a la gravedad y a Ellen, y pensó en lo estupendo que sería morir y no tener que volverse a preocupar de si le sangraban las encías cuando se cepillaba los dientes, ni de que estuviera echando barriga ni de que una belleza hubiera pasado por la calle a su lado y a él le hubiera gustado besarla, aunque supiera que nunca lo haría. Y de pronto tuvo encima de él un ejército que subía en masa por sus piernas, enardecido por la victoria.

*Adelante*, dijo mientras cubrían su cuerpo de los pies a la cabeza, comportándose como estúpidas llevadas por su entusiasmo, *podéis venir a donde yo voy*.

*¿Cómo suena...?* Tenía la frase en la punta de la lengua.

Ah, sí, por fin se había acordado. *¿Cómo suena una sola mano cuando aplaude?* Te quedas tan satisfecho cuando consigues recordar algo que te has esforzado mucho por sacar del subconsciente. Era como cuando encontrabas algún objeto sin importancia que pensabas que habías perdido para siempre. La emoción de haberlo recordado dulcificó sus últimos momentos. Se lanzó al vacío, cayendo más y más hasta que la higiene dental y la belleza de las jóvenes encontraron un repentino final. Ellas cayeron detrás de él, como gotas de lluvia, y se estrellaron contra el asfalto alrededor de

su cuerpo, una ola de manos detrás de otra, lanzándose hacia la muerte, en pos de su mesías.

A los pacientes y enfermeras que se amontonaban en las ventanas les pareció una escena de un mundo de maravillas. Una lluvia de ranas les hubiera parecido algo de lo más normal comparada con esto. Inspiraba más respeto que terror; era algo asombroso. Todo terminó demasiado pronto, y cuando hubo pasado alrededor de un minuto, algunas almas audaces se arriesgaron a salir para ver, entre toda esa basura, lo que se pudiera ver. Había mucho y, sin embargo, no había nada. Por supuesto que se trataba de un espectáculo extraño, horrible, inolvidable. Sin embargo, no había un significado que descifrar, tan solo la mera parafernalia de un apocalipsis menor. Lo único que se podía hacer era limpiarlo todo con unas manos que obedecían de mala gana, mientras los cadáveres eran catalogados y metidos en cajas para ser examinados en un futuro. Unos pocos de los que participaron en estas operaciones consiguieron encontrar un momento para estar a solas y poder rezar. Para rezar pidiendo explicaciones, o al menos poder dormir sin soñar. Incluso el puñado de agnósticos que había entre el personal se sorprendió de lo sencillo que resultaba poner las palmas de las manos una contra la otra.

Boswell recobró el conocimiento en la habitación individual que ocupaba en la Unidad de Cuidados Intensivos. Alargó la mano hacia el timbre que había junto a la cama y lo pulsó, pero no vino nadie. En la habitación había alguien además de él, escondido detrás del biombo de la esquina. Había oído cómo el intruso arrastraba los pies.

Volvió a tocar el timbre, pero por todo el edificio se oían timbres que llamaban, y no parecía que nadie estuviera atendiéndolos. Apoyándose en el armarito que tenía a su lado se arrastró hasta el borde de la cama, para así poder ver mejor al bromista.

—Sal de ahí—murmuró por entre sus labios secos. Pero el hijo de puta se estaba tomando su tiempo—. Venga... Sé que estás ahí.

Se arrastró un poco más allá, y de algún modo se dio cuenta de repente de que su centro de gravedad había cambiado radicalmente, de que no tenía piernas y de que se iba a caer de la cama. Levantó

los brazos para intentar evitar que la cabeza golpeará contra el suelo y lo consiguió. Sin embargo, se quedó totalmente sin respiración. Mareado, siguió tumbado donde había caído, intentando orientarse. ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaban sus piernas? En nombre de Jah, ¿dónde estaban sus piernas?

Sus ojos inyectados en sangre recorrieron la habitación, y se detuvieron en unos pies desnudos que estaban a un metro de su nariz. Una etiqueta en el tobillo indicaba que su destino era el incinerador. Levantó la vista, y eran sus piernas, que estaban allí de pie, cercenadas entre la ingle y la rodilla, pero todavía vivitas y coleando. Durante un instante pensó que querían hacerle daño, pero no era así. Una vez que lograron que se percatara de su presencia, le dejaron tumbado donde estaba, encantadas de ser libres.

¿Envidiarían sus ojos esa libertad?, se preguntó. ¿Estaría su lengua deseando salir de su boca y largarse? ¿Estaban todas las partes de su cuerpo, a su manera sutil, preparándose para abandonarlo? Su cuerpo era una alianza que se mantenía unida gracias únicamente a treguas de lo más frágiles. Y una vez que el precedente había sido sentado, ¿cuánto tiempo transcurriría antes del siguiente levantamiento? ¿Minutos? ¿Años?

Y quedó, con el corazón en un puño, a la espera de la caída del imperio.